

LOS MITOS GRIEGOS DEL ÁFRICA ATLÁNTICA

POR

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO

En el panorama general de lo que la historiografía de la antigüedad ha denominado «época de las colonizaciones», nombre que no deja de ser un convencionalismo, los fenicios y los griegos aparecen en el mundo occidental. Si los fenicios buscaron una expansión comercial y colonizadora por las costas meridionales del Mediterráneo, por el contrario los griegos realizaron estas mismas actividades por las septentrionales¹.

Con respecto a las costas del África occidental no puede hablarse propiamente de la existencia de una «colonización griega». Los helenos expandirían sus colonias a partir del siglo VIII a. de C. en el sur de Italia y en las costas de Sicilia; algunos años más tarde debieron comenzar a establecerse en las costas

¹ Vid. como análisis de conjunto, C. MOSSÉ: *La colonisation dans l'Antiquité*, París, 1970, y N. SANTOS YANGUAS y M. PICAZO: *La colonización griega*, Madrid, 1980. Sobre la colonización griega en España, J. M. BLÁZQUEZ: «La colonización griega en España en el marco de la colonización griega en Occidente», *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, pp. 63-77; G. LÓPEZ MONTEAGUDO: «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica», *Archivo Español de Arqueología*, 50-51, 1977-78, pp. 3-14; R. OLMOS: «Historiografía de la presencia y del comercio griego en España», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de Valladolid*, 30-31, 1991, pp. 123-133; A. J. DOMÍNGUEZ MONEDERO: «New perspectives on the Greek presence in the Iberian Peninsula», *Proceedings of the International Congress on the Hellenic Diaspora*, Amsterdam, 1991, pp. 109-161; VV.AA.: *Griegos en Occidente*, Sevilla, 1992; P. ROUILLARD: *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIII^e en IV^e s. au J.C.*, París, 1991.

del norte de Cataluña, con colonias bien conocidas como Ampurias y Rhode².

Desde antiguo se venía destacando la posibilidad de que los pueblos del Egeo, desde época creto-micénica, tomaran contacto con las tierras del extremo occidente, incluso llegando a conocer la existencia del Atlántico. De acuerdo con esa interpretación, navegantes micénicos (más probablemente que cretenses) habrían tomado contacto con las costas hispanas, africanas, y cruzado el estrecho de Gibraltar.

Sobre todo, se ha utilizado como testimonio de estas primitivas navegaciones la aparición de cuentas de pasta vítrea, fabricadas en Egipto hacia el año 1400 a. de C. Su área de expansión, islas Lípari, Península Ibérica, sur de Francia, Bretaña, Inglaterra y Europa central, ha hecho pensar que fueran, al menos parcialmente, los comerciantes micénicos los introductores³.

Esta vieja tesis, sobre la que hasta el momento se prefería no profundizar, vuelve a estar en boga en los últimos años. En efecto, las excavaciones realizadas últimamente indican la aparición de algunos elementos tipológicos que tienen sus paralelos en el mundo del Egeo⁴. No obstante, son testimonios poco claros.

Últimamente se habla incluso de la aparición de posibles cerámicas micénicas en Andalucía lo cual sería una documentación mucho más concreta acerca de un acceso comercial. Pero Martín de la Cruz ha destacado recientemente que, resultando indudable esa relación comercial micénica con el S. E. español, habría que ser prudente en las valoraciones; los navegantes micénicos habrían evitado en todo momento las inmediatas cer-

² G. VALLET: *Rhegion et Zancle. Histoire, commerce et civilisation des cités chaldiciennes du détroit de Messine*, París, 1958; F. VILLARD: *La céramique grecques de Marseille (VI-IV siècles)*, París, 1960; J. MALUQUER DE MOTES: «En torno a las fuentes griegas sobre el origen de Rhode», *Simpósio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, pp. 125-138.

³ M. S. RUIPÉREZ: «La gloria de Micenas», *Antiguos comerciantes del mediterráneo* (serie «Cuadernos» de *Historia-16*, núm. 142), p. 8.

⁴ F. MOLINA GONZÁLEZ: *La cultura del Bronce final en el Sudeste de la Península Ibérica*, Granada, 1977, pp. 8-9.

canías del estrecho de Gibraltar debido a las dificultades de navegación⁵.

Por otra parte, para un período tan oscuro podríamos hallarnos ante contactos indirectos. Por ejemplo, vestigios del comercio egipcio debieron llegar por intermedio fenicio incluso en momentos posteriores⁶. Nada de todo lo indicado tiene paralelos en el Norte de Africa, menos aún en la vertiente atlántica.

En todo caso, los textos literarios no documentan apenas estos períodos de la historia occidental. En la orilla norte del estrecho, en la costa atlántica, existe un nombre mágico formado en el contacto entre colonizadores e indígenas: *Tartessos*. Cuando Schulten quiso reconstruir su historia se encontró con un enorme vacío de documentación, recurrió así para suplirlo a una serie de testimonios indirectos, en concreto las leyendas y tradiciones antiguas⁷.

Se trataba de un procedimiento ingenioso para tratar de superar la escasez de información. El mismo fenómeno referido a Marruecos, con una similar metodología, se ha producido en la historiografía de la primera mitad del siglo. El hecho en sí resulta lógico dado que la relación del África atlántica con las leyendas míticas no es un invento actual sino que tiene sus raíces en la misma antigüedad.

Siguiendo esta línea de investigación, existiría un cierto poso o fondo de verdad, más o menos lejano, en las tradiciones míticas. Las mismas vendrían a documentar bien navegaciones mi-

⁵ J. C. MARTÍN DE LA CRUZ: «Problemas de navegación en el estrecho de Gibraltar a finales del segundo milenio a. C.», *Actas I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, I, Madrid, 1988, pp. 357-360.

⁶ J. PADRO: «El antiguo Egipto y el estrecho de Gibraltar según las fuentes clásicas», *Actas I Congreso Internacional*, pp. 705-709.

⁷ A. SCHULTEN: *Tartessos*, Madrid, 1945; 2.ª ed., Madrid, 1971. La misma metodología, algo reformada, encontramos sobre todo en los trabajos de A. GARCÍA y BELLIDO: *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942; ÍDEM: «España protohistórica», en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.): *Historia de España*, I, 2, 2.ª ed., Madrid, 1960. Para Marruecos, metodología seguida por J. CARCOPINO: *Le Maroc antique*, París, 1943, pp. 62 y ss., el epígrafe dedicado a «Le Maroc punique dans les légendes grecques»; M. TARRADELL: *Marruecos púnico*, Tetuán, 1960, pp. 235 y ss.

cénicas y egeas muy primitivas en el occidente y costas atlánticas⁸, bien conocimientos indirectos gracias a otros comerciantes o colonizadores (como los fenicios). Serían testimonios de la presencia micénica, más tarde griega, en el extremo occidente el relato de la navegación de Ulises y el mito de los trabajos de Hércules.

Quien ha llevado más lejos este planteamiento es, sin duda, J. Ramin. Por ejemplo, cuando consideraba que el mito de Gerión y su lucha con Hércules representaba el fondo real de un conflicto entre los cretenses y los pobladores de las costas hispanas⁹. En coherencia con este tipo de planteamientos, consideraba que Atlas fue el nombre mítico atribuido al monarca de un reino existente en las montañas marroquíes¹⁰.

Las leyendas mitológicas son así utilizadas, al menos parcialmente, como auténticos documentos históricos. El problema consiste en saber hasta qué punto ciertamente sirven para ofrecer testimonios de las más primitivas navegaciones comerciales micénicas y griegas y de su llegada al Atlántico. Porque otra corriente historiográfica, más moderna, niega la existencia de un fondo de historicidad en las leyendas mitológicas griegas

⁸ Acepta que estas leyendas son muestra de una navegación occidental de los griegos desde el período micénico, R. DION: «Tartessos, l'Océan Homérique et les travaux d'Hercule», *Revue Historique*, 224, 1960, pp. 27-44. Igual posición la vemos recogida en J. BÉRARD y otros: *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'Antiquité. L'Histoire et la légende*, 2.^a ed., París, 1957, que (especialmente en la contribución de C. PREAUX) considera estos mitos como documentos de una precolonización de época micénica en Italia. Vid. últimamente. D. PLÁCIDO: «Realidades arcaicas en los viajes míticos a Occidente», *Gerion*, 7, 1989, pp. 41-52.

⁹ J. RAMIN: *Mytologie et Géographie*, París, 1979, pp. 105 y ss. Ya Hecateo de Mileto, siglo VI a. de C., y sobre todo Evemero (siglo IV a. de C.) interpretaron los mitos como basados en hechos reales del pasado, los hombres habrían convertido en dioses a grandes personajes pretéritos; J. CARO BAROJA: *La aurora del pensamiento antropológico. La antropología en los clásicos griegos y latinos*, Madrid, 1983, pp. 34 y ss.

¹⁰ J. RAMIN, pp. 27 y ss. Tema que ya fue explotado por Newton en sus ensayos cronológicos; L. LACROIX: *Numidie et Mauritanie*, París, 1842, p. 65.

ubicadas en el occidente¹¹. En esta misma línea vamos a intentar profundizar.

En este trabajo prescindiremos de la cuestión referida al mito de la Atlántida. Esta exclusión se produce por varias razones. En primer lugar por ser escasamente relacionable con el Norte de África. Además el mito de la Atlántida ya ha sido desgranado por otros muchos autores anteriores¹².

No obstante, la razón principal de que prescindamos del mito de la Atlántida es su propia esencia. En la antigüedad ya Aristóteles lo consideró una mera elucubración de carácter poético. Platón declaró usar testimonios egipcios sobre la existencia de la Atlántida, lo cual en teoría podría ser un argumento en favor de contactos muy primitivos con el Atlántico de cretenses y micénicos. Aún aceptándolo, hace muchos años se señaló que podría tratarse del recuerdo egipcio no tanto sobre el Occidente sino sobre el final de la civilización cretense¹³. Y últimamente las investigaciones realizadas han destacado como principal conclusión que se trata de un mito de carácter foráneo y cuya

¹¹ L. GARCÍA IGLESIAS: «La Península Ibérica y las tradiciones de tipo mítico», *Archivo Español de Arqueología*, 52, 1979, pp. 131-140, y sobre todo, J. C. BERMEJO BARRERA: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, 1982, pp. 101 y ss. Para el Norte de África, E. GOZALBES: *El nombre romano de Ceuta. De Septem Fratres a Ceuta*, Ceuta, 1990, pp. 121 y ss., el epígrafe titulado «A vueltas con un tema: los mitos clásicos y Ceuta». Vid. últimamente, J. C. BERMEJO: «Los mitos griegos y la Hispania antigua: consideraciones metodológicas», *Espacio, Tiempo y Forma*, 2-4, 1991, pp. 85-106.

¹² Entre la inmensa bibliografía, F. WATTEMBERG: «Saltés, la isla de la Atlántida y Tartessos», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid*, 32, 1966, pp. 125-205; C. BERLITZ: *The mystery of Atlantis*, Nueva York, 1969; M. BALLESTEROS GAIBROIS: «La idea de la Atlántida en el pensamiento de los diversos tiempos y su valoración como realidad geográfica», *ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS*, 17, 1971, pp. 337-346; E. S. RAMMAGE y otros: *Atlantis. Far or fiction?*, Londres, 1978. Podrá verse igualmente el análisis de E. GOZALBES: «América y la antigüedad clásica», *XI Congreso Hespérides de profesores-investigadores* (Huelva, 1992), en prensa.

¹³ W. BRADSTEIN: *Atlantis. Grösse und Untergang eines geheimnisvollen Inselreiches*, Viena, 1951.

relación con el occidente, y realmente con el Atlántico, es muy discutible¹⁴.

El primero de los relatos que nos interesa es el concerniente a las navegaciones de Ulises. Bien conocida es la problemática historiográfica al respecto acerca del mundo que describe Homero en el siglo VIII a. de C.; aunque ambientado en época micénica con toda probabilidad representaba el mundo de la época en la cual escribió el propio Homero¹⁵.

Fue Victor Berard el primero que, en la historiografía contemporánea, estableció de forma sistemática la relación entre pasajes de *La Odisea*, la descripción de las navegaciones de Ulises, y la costa africana. La explicación de esta relación la encontró Bérard en que el relato de *La Odisea* había tomado como base el texto de un muy primitivo periplo fenicio por el Mediterráneo e incluso por las estribaciones del Atlántico¹⁶.

En *La Odisea* encontramos elementos que Berard relacionó con las costas de Marruecos. Especialmente se centró en la cita de la isla de Ogigia donde se atribuía la existencia de la morada de la ninfa Calipso, la que mantuvo retenido a Ulises durante varios años. Según el relato de *La Odisea*; «la isla es boscosa y en ella tiene su morada una diosa, la hija de Atlante, de pensamientos perniciosos, el que conoce las profundidades de todo el mar y sostiene en su cuerpo las largas columnas que mantienen apartados el cielo y la tierra»¹⁷.

¹⁴ L. GARCÍA IGLESIAS: «Deshispanizando un mito: la autoctonía de los atenientes y el mito de la Atlántida», *Hispania Antiqua*, 4, 1974, pp. 7-24; F. J. BURGALETA: «El mito de la Atlántida y el estrecho de Gibraltar. Aspectos geográficos en el mito platónico», *Actas I Congreso Internacional*, pp. 643-652.

¹⁵ Posiciones diferentes en M. I. FINLEY: *El mundo de Odiseo*, 2.ª ed., México, 1966, y en L. PARETTI: *Homero y la realidad histórica*, México, 1961, y en España, L. GIL, F. RODRÍGUEZ ADRADOS, M. FERNÁNDEZ GALIANO y J. SÁNCHEZ: *Introducción a Homero*, Madrid, 1963.

¹⁶ V. BÉRARD: *Les phéniciens et l'Odyssee*, París, 1922, I, pp. 241 y ss.; sobre todo, ÍDEM: *Les navigations d'Ulysse. III: Calypso et la mer de l'Atlantide*, París, 1929 (existe una reed. de 1971 por la que citamos). Con respecto a Marruecos, aceptan sus planteamientos, M. BESNIER: «Géographie Ancienne du Maroc», *Archives Marocaines*, 1, 1904, p. 303, y J. CARCOPINO: *Maroc Antique*, pp. 62 y ss.

¹⁷ HOMERO: *Odisea*, I, 53-57.

Para Victor Bérard la isla tenía que encontrarse justo en las estribaciones del Océano, como demostraba el propio nombre «Ogigia»¹⁸. El nombre de «Abila», que llevaba el cabo de Ceuta en la antigüedad, sería una voz que se traduciría por «Tarsis» que a su vez se convertiría con posterioridad en Atlas¹⁹. La isla de Calipso mencionada en el poema del siglo VIII a. de C. sería el islote del Perejil, cerca de Ceuta.

No cabe duda de que, como ha señalado recientemente Posac, Victor Bérard se sintió profundamente impresionado por el paisaje costero del estrecho de Gibraltar²⁰. Consideró que estaba descrito en la obra homérica, considerando además buenas pruebas la cita de los Campos Eliseos (después llamados islas de los Afortunados) y del Atlas. No es casualidad que estas referencias de *La Odisea* fueran consideradas por Schulten como noticias reales y las más antiguas acerca de las navegaciones de los fenicios y griegos por el Atlántico y por sus cercanías²¹.

El mismo Schulten utilizó profusamente otro de los relatos homéricos que consideró una auténtica descripción geográfica. Nos referimos al episodio de Escila y Caribdis. Sobre los mismos encontramos esta descripción: «del otro lado están los dos escollos, uno llega al vasto cielo con su aguda cresta y le rodea oscura nube. Ésta nunca le abandona y jamás, ni en invierno ni en verano, rodea su cresta un cielo despejado. En medio

¹⁸ Es cierto que la cita cercana de Hermes es interesante ya que en época púnica el cabo Espartel, en Tánger, era conocido por algunos como cabo de Hermes; AVIENO: *Or. mar.*, 329-332: *porr(h)o illud Herma iure sub Libyci soli/ fuisse pridem plurimi auctores ferunt./ Nec respuendus testis est Dionysius./ Liby(a)e esse finem qui docet Tartessium*. El cabo de Hermes, claramente identificable con el Espartel, es también mencionado en *Periplo de Scylax*, 112.

¹⁹ Vid. recientemente, J. M. GÓMEZ TABANERA: «Fretum artessicum, paso hacia la última Thule», *Actas I Congreso Internacional*, p. 668.

²⁰ C. POSAC MON: «Panorama mitológico de Ceuta», *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, 1, 1988, pp. 27-28.

²¹ A. SCHULTEN, *op. cit.*, p. 64. Sobre todo, el autor consideró verdaderas referencias las citas del Océano y de Atlas. Cfr. especialmente A. SCHULTEN: «Las islas de los Bienaventurados», *Ampurias*, 7-8, 1945-6, pp. 5-22. Las interpretaciones acerca de navegaciones atlánticas han tenido mucho éxito posterior, recordemos por ejemplo G. PILLOT: *El código secreto de la Odisea*, Barcelona, 1971.

del escollo hay una oscura gruta vuelta hacia poniente»²². Se interpreta los dos escollos como referencia a las dos montañas, Gibraltar y Musa, que dan origen al estrecho de Gibraltar²³.

En realidad esta interpretación de Bérard, seguida por Schulten ya fue realizada en la misma antigüedad. Muchos navegantes, que conocían los relatos homéricos, encontraron en la topografía de acceso al Atlántico los rasgos de las descripciones de navegación de Ulises. El Geógrafo Strabon indicaba que algunos consideraban que las Columnas eran las Symplegades²⁴, que eran los escollos del Ponto. Según el mismo Strabon, Homero se habría inspirado tanto en las Symplegades como en el estrecho de Gibraltar y en el de Sicilia²⁵.

Los defensores del punto de vista de Bérard han sido muy numerosos. De acuerdo con el mismo, Homero habría tenido textos que describían paisajes reales. Desde esta posición no cabe duda de que en la geografía del Mediterráneo no existe ningún estrecho entre dos montañas: la isla Ogia y Escila y Caribdis se encontrarían en las estribaciones del Atlántico. No obstante, esta interpretación pierde su principal sostenimiento si consideramos, como parece, la *Odisea* una simple obra literaria que describe paisajes únicamente imaginarios.

En suma, nos hallamos ante un problema que en forma definitiva resulta irresoluble. Depende de un problema previo que rebasa ampliamente el marco de la historia antigua de esta zona; será la posición que se adopte acerca del carácter real de la literatura homérica la que nos ofrezca una respuesta a la relación del Atlántico con las navegaciones de Ulises.

Después de las obras homéricas tienen que destacarse los escritos del griego Hesíodo (siglo VII a. de C.). El poeta helénico mencionaba que «Atlas sostiene el vasto cielo a causa de una imperiosa fatalidad, allá en los confines de la tierra, a la en-

²² HOMERO: *Odisea*, XII, 74-80.

²³ A. SCHULTEN: *Tartessos*, pp. 100-101. En el mismo sentido, si bien interpretando tanto Escila como Caribdis referencia exclusivamente a Gibraltar, J. L. PICATOSTE: «Nueva lectura de Homero», *Actas I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, I, Madrid, 1988, pp. 695-704.

²⁴ STRABON, III, 5, 5.

²⁵ STRABON, III, 2, 12.

trada del país de las Hespérides de fina voz»²⁶. O la cita de «las Hespérides que, al otro lado del Océano, cuidan las bellas manzanas de oro y los árboles que producen el fruto»²⁷. También cuando menciona «a las Gorgonas que viven al otro lado del ilustre Océano, en el confín del mundo hacia la Noche, donde las Hespérides de aguda voz»²⁸. O finalmente, cuando en otra de sus obras poéticas menciona a las islas de los Afortunados: «éstos viven con un corazón exento de dolores en las islas de los Afortunados, junto al Océano de profundas corrientes, héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces al año»²⁹.

La mención de las Hespérides, de las islas de los Afortunados o del Océano, pueden hacer pensar en citas concretas que indican la existencia de navegaciones oceánicas de los griegos de época arcaica. Pero no existe prueba alguna de que en los siglos VIII y VII a. de C. esos términos tuvieran el contenido que luego tuvieron y que hoy se le dan.

De hecho el término «Océano» en Hesíodo no parece referencia al Atlántico. Responde realmente a una visión cosmogónica que veía en el agua el origen de todas las cosas. Este punto de vista, trasladado a la geografía, hacía coherente la existencia de un mar circundante de todas las tierras a las que daba origen. Homero menciona al Océano como origen de todos los dioses y cosas³⁰. A finales del siglo VII a. de C., Tales de Mileto expresaba filosóficamente el concepto cósmico del agua como origen de todas las cosas³¹.

²⁶ HESÍODO: *Theog.*, 517-519. Es curioso que estos textos de Hesíodo no fueran conocidos directamente por J. CARCOPINO: *Maroc Antique*, p. 66.

²⁷ HESÍODO: *Theog.*, 215-216.

²⁸ HESÍODO: *Theog.*, 274-276.

²⁹ HESÍODO: *Trab. Días*, 171-173.

³⁰ HOMERO: *Iliada*, XIV, 201 y XIV, 246.

³¹ Cfr. los textos recogidos en C. EGGERS y V. E. JULIA: *Los filósofos presocráticos*, I, Madrid, 1981, pp. 66 y ss. Este principio tuvo origen en las cosmogonías de Oriente Próximo, F. LARA PEINADO y M. GARCÍA CORDERO: *Poema babilónico de la Creación (Enuma Elis)*, Madrid, 1981. El agua como elemento original de la creación aparece también en la cosmogonía hebrea del «Génesis».

Reflexionando al respecto, Aristóteles indicaba que «los más antiguos, muy anteriores a la generación actual y que fueron los primeros en reflexionar sobre los dioses, pensaron así sobre la naturaleza e hicieron al Océano y Tetis padre de la generación»³². De ese principio filosófico-mítico fue de donde la escuela geográfica de Mileto en el siglo VI a. de C., con Anaximandro y Hecateo a la cabeza, establecieron que el Océano rodeaba todas las tierras y daba origen a las mismas.

La mención de Océano en Homero y en Hesíodo, como podría esperarse e los siglos VIII y VII a. de C., es totalmente imprecisa. Nos hallamos claramente no ante una referencia geográfica concreta sino ante un concepto parageográfico. De hecho el Océano llega a mencionarse por ambos autores no tanto como un mar sino como un río³³. En la primera mitad del siglo V a. de C., Herodoto mencionó la creencia de los griegos del Ponto acerca de la existencia de este Océano que rodeaba todas las tierras, y de la cercanía de la isla de Gades en navegación desde el Ponto hacia el Este; sin embargo, mostraba su incredulidad, señalando que no aducían prueba alguna³⁴.

La identificación de la isla «Ogigia» en la zona atlántica únicamente se justifica debido a su nombre. Los promontorios de Escila y Caribdis, que algunos ya en la antigüedad identificaron con el estrecho de Gibraltar, en realidad los griegos de época clásica y helenística ubicaron en el estrecho de Mesina. Ya vimos también mencionada esta opinión en el geógrafo griego Strabon³⁵. Pero desde el siglo V a. de C. este paso angosto mencionado literariamente por Homero fue identificado mayoritariamente con el estrecho de Mesina³⁶.

³² ARISTÓTELES: *Met.*, I, 3, 983, b.

³³ HOMERO: *Od.*, XI, 157; HESÍODO: *Theog.*, 242. lo destaca R. DION: *Aspects politiques de la géographie antique*, París, 1977, p. 37, si bien el autor lo considera referencia a la corriente del estrecho de Gibraltar. Dion habla extensamente de la isla Ogigia en las pp. 35 y ss., admitiendo las conclusiones de Bérard.

³⁴ HERODOTO, IV, 8.

³⁵ STRABON, III, 2, 12.

³⁶ TUCIDIDES, IV, 24, 4; *Periplo de Scylax*, 112; VIRGILIO: *Aen.*, III, 410 y ss.

La mención de las Hespérides, las «occidentales», tampoco puede ser más difusa. Su identificación con las tierras del Marruecos atlántico fue algo realizado con mucha posterioridad. López Melero ha destacado bien como la cita de Hesíodo acerca de las Hespérides no las sitúa precisamente en África sino más allá del Océano³⁷. Las Hespérides constituyen aquí una referencia muy general al Occidente, forman parte de las elucubraciones acerca de islas y tierras transoceánicas.

Con respecto a Atlas, ubicado en el África atlántica por navegantes posteriores, nada prueba que constituya en los poemas griegos de época arcaica un monte o cadena montañosa concretos, aparece como nombre de personaje mítico. Otros autores griegos muy antiguos mencionan a Atlas simplemente como personaje mítico sostenedor del cielo³⁸. Será Herodoto quien, por vez primera en el siglo V a. de C., mencione Atlas como concepto estrictamente geográfico y referido a una montaña del África occidental³⁹.

Los Campos Elíseos o islas de los Afortunados fueron un paraíso muy impreciso que se emplazó en el Atlántico Sur ya en época helenística, cuando se comenzó a tomar conocimiento de la existencia de islas (Canarias, Azores, Madera). En realidad fueron los marinos de Gades quienes, ya en el siglo II a. de C., identificaron las Afortunadas con las islas Canarias⁴⁰.

Todos estos términos ni en Homero ni en Hesíodo aparecen como concreciones geográficas sino como nombres puramente míticos. Con estas consideraciones queremos indicar que ninguno de estos autores tenían por qué tener referencias a las navegaciones griegas o fenicias por las aguas atlánticas. Encontramos simplemente una construcción de carácter literario a par-

³⁷ R. LÓPEZ MELERO: «El mito de las columnas de Hércules y el estrecho de Gibraltar», *Actas I Congreso Internacional*, op. cit., p. 623.

³⁸ PINDARO: *Pyth.*, IV, 288; ESQUILO: *Promet.*, 348; EURIPIDES: *Heracles*, 402 y ss. Sobre el personaje de Atlas y sus relaciones, J. C. BERMEJO, op. cit., pp. 128 y ss.

³⁹ HERODOTO, IV, 184.

⁴⁰ E. GOZALBES: «Sobre la ubicación de las islas de los Afortunados en la antigüedad clásica», *ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS*, 35, 1989, pp. 17-43.

tir de unas creencias míticas. Sin embargo, en la misma antigüedad algunos viajeros creyeron encontrar en los rasgos topográficos de la costa norteafricana la coincidencia con los relatos de los poemas homéricos y hesiódicos.

La creencia de que Ulises navegó por el Atlántico la encontramos reiteradamente expuesta por Strabon. Utilizando a Artemidoro afirmaba: «no es de admirar que el poeta Homero describiese los viajes de Odiseo de una manera novelesca, suponiendo que la mayor parte de sus hazañas las había llevado a cabo más allá de las Columnas, en el Océano»⁴¹. En otro párrafo señalaba que Homero era «conocedor de la riqueza de estas regiones y de los bienes de todas clases que poseen y que los púnicos dieron a conocer, tuvo la idea de colocar aquí la mansión de las almas piadosas y los campos Elíseos»⁴².

Ya desde fines del siglo VI a. de C. el episodio de los lotófagos, descrito en la *Odisea*, comenzó a ser ubicado por los griegos en el Norte de África. Pero no lo hicieron hacia el Occidente sino en la costa mediterránea central. Herodoto habla de la zona de confluencia entre griegos y cartagineses, al Este de Cartago, mencionando a los «lotófagos, hombres que se alimentan con el fruto del loto, fruto que es del tamaño de los granos de lentisco, pero en lo dulce del gusto parecido al dátil de la palma; de él sacan su vino los lotófagos»⁴³. Y este mito seguía ubicado geográficamente allí todavía en el siglo IV a. de C. pues el *Periplo de Scylax* mencionaba a los lotófagos en las proximidades de Cartago⁴⁴.

En consecuencia, el trasvase de las navegaciones de Ulises del Mediterráneo oriental al Norte de África se efectuó ya parcialmente en el siglo VI a. de C. Pero este traslado se efectuó

⁴¹ ARTEMIDORO en STRABON, III, 4, 4.

⁴² STRABON, III, 2, 1.

⁴³ HERODOTO, IV, 77. Más adelante el mismo autor griego prosigue con la narración del mito de la llegada de Jasón y de los Argonautas. Ya era ubicado en ese lugar años más tarde por APOLONIO DE RODAS en sus *Argonáuticas*. Otro mito que fue trasladado con posterioridad al Atlántico, R. DION, pp. 58 y ss. Igualmente, como veremos, las Hespérides parecen ser situadas por Herodoto en esta misma región.

⁴⁴ *Periplo de Scylax*, 108.

al Norte de África oriental, a la zona de contacto entre griegos y cartagineses. Todavía en el siglo IV a. de C. los griegos seguían convencidos de que las navegaciones de Ulises se habían desarrollado por el Mediterráneo central.

Fue en el siglo II a. de C. cuando una buena parte de las navegaciones de Ulises fueron trasladadas al Atlántico y sus alrededores. El primero que lo hizo, en la primera mitad de ese siglo, fue Crates de Mallos, mencionado por Strabon⁴⁵. Y los habitantes de Gades quisieron en ese mismo siglo llenar de gloria los territorios y costas africanas que visitaban con frecuencia sus pecadores y comerciantes⁴⁶. Según Strabon las noticias de los comerciantes de Gades señalaban que en el extremo sur de la Maurosía o tierra de los moros, junto a los etíopes occidentales, existían unos habitantes que se alimentaban del loto; dicho pueblo se extendería por el sur hasta Cirene, mientras otros vivirían en el Mediterráneo en la isla Menix, la hoy conocida como Djerba⁴⁷.

Es interesante observar aquí nuevamente la aparición de los comerciantes de Gades que dieron noticias a escritores griegos no conservados. Uno de ellos fue Artemidoro, según afirma expresamente Strabon. En Artemidoro encontramos que el pueblo de los lotófagos existía realmente y estaba asentado en las costas meridionales de Marruecos, donde se alimentaban con el loto⁴⁸.

No terminaba aquí el desplazamiento cada vez más occidental y lejano de las navegaciones de Ulises. En época alto-imperial romana se consideraba ya que Ulises había llegado en su desgraciado deambular incluso hasta la costa atlántica de la Galia occidental⁴⁹. También se hablaba de su antigua llegada

⁴⁵ STRABON, III, 4, 4.

⁴⁶ E. GOZALBES: «Aproximación al estudio del comercio entre Hispania y Mauritania Tingitana», *Actas II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar* (Ceuta, 1990), en prensa, con toda la documentación y bibliografía.

⁴⁷ STRABON, III, 4, 3.

⁴⁸ ARTEMIDORO en STRABON, XVII, 3, 8.

⁴⁹ CLAUDIANO: *In Rufinum*, I, 123.

a Caledonia⁵⁰. Tácito indicaba la creencia de que Ulises había navegado hasta la desembocadura del Rhin⁵¹.

Otro importante elemento mitológico que se relacionó con el África atlántica fue el ciclo de los trabajos de Heracles (Hércules). Como es bien sabido, el punto inicial del relato es el robo de los bueyes de Gerión que se encontraban en Tartessos. A partir de este punto, a Hércules se le atribuía la apertura del estrecho de Gibraltar, separando los dos promontorios principales de Calpe (Gibraltar) y Abila (generalmente el Hacho en Ceuta, aunque algunos lo identificaban con el Musa).

Igualmente a Hércules se le relacionaba con Atlas. Según el mito griego, Atlas habría logrado que Hércules le tomara la bola del mundo que sostenía. Al final, mediante un simpático engaño, Hércules onseguía desembarazarse de tan pesada carga. En este mismo episodio se entrelazaban su gesta al robar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides y el dar muerte al gigante Anteo.

Indudablemente todos estos mitos en la antigüedad clásica fueron ubicados en tierras del Marruecos atlántico. Para los actuales defensores de que la mitología puede ser utilizada como documento histórico tendríamos dos hechos importantes. Primero, una prueba de las antiguas navegaciones griegas por las aguas del Atlántico. Y segundo, el que a partir del siglo V a. de C., con el «cierre del estrecho» efectuado por Cartago, estos mitos quedaron definitivamente asentados en estos territorios que quedaban de acceso casi imposible. Así todo un ciclo de leyendas míticas se relacionarían de forma más o menos directa con la Historia⁵².

⁵⁰ SOLINO, XXII, 1.

⁵¹ TÁCITO: *Germ.*, III, 3.

⁵² J. CARCOPINO, pp. 62 y ss.; M. TARRADELL: «Dos bronce de Hércules: los grupos de Hércules y Anteo y de Teseo y el Minotauro», *Tamuda*, 1, 1953, p. 59-81; E. ARQUES: *Huellas del pasado fabuloso en Mauritania*, Tetuán, 1953; C. POSAC MON: «Las leyendas clásicas vinculadas con las tierras del Magreb», *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, 1, 1964, pp. 29-76; ÍDEM: «Panorama mitológico de Ceuta», *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, 1, 1988, pp. 17-30; C. GOZALBES CRAVIOTO: *Mitos y leyendas de Ceuta*, Ceuta, 1884; J. CLOSA FARRES: «Leyendas y tradiciones en las fuentes clásicas de Ceuta», *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, 1, 1988, pp. 39-46; R. LÓPEZ MELERO, pp. 615-642.

La referencia de Hesíodo pone en relación a Heracles con el Océano; no obstante, tiene que indicarse el vago concepto que sobre el Océano tenía el poeta griego: «fue aquel día en que arrastró los bueyes de ancha frente hasta la sagrada Tirinto, atravesando la corriente del Océano»⁵³. El Océano aparece aquí como una corriente de agua y lo que había más allá, indudablemente en una leyenda con raíces micénicas, lo más occidental que se puede relacionar es con el Mediterráneo central⁵⁴.

Nos hallamos ante una serie de relatos diferentes que se fueron engarzando y superponiendo. El texto de Hesíodo, nos demuestra que el verdadero fondo, más o menos micénico, se hallaba exclusivamente en el episodio de los bueyes de Gerión. Este robo fue el que, en teoría, habría llevado a Heracles al Occidente. Todos los demás mitos conexos, mencionados más arriba, se superpusieron como una continuación. En suma, el mito de Gerión es el relato antiguo y los restantes son dependientes y posteriores⁵⁵.

En suma, el mito de Gerión, independiente de los restantes que son posteriores, parece representar la antigua relación entre los navegantes micénicos y la costa italiana. Pero en la segunda mitad del siglo VII a. de C. las cosas comenzaron a cambiar sustancialmente. El estrecho de Gibraltar dejó de ser un límite para la navegación griega. El relato griego indica que fue Colaios de Samos el primer griego que accedió navegando a las aguas del Atlántico; allí abrió la ruta comercial de Tartessos

⁵³ HESÍODO: *Theog.*, 290 y ss.

⁵⁴ El tema aparece bien definido en J. BAYET: *Les origines de l'Hercule romain*, París, 1926, y posterioridad en los trabajos mencionados en la nota siguiente. Cfr. igualmente, C. DAREMBERG, E. SAGLIO y E. POITIER: *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, III, pp. 97 y ss.; PAULY-WISSOWA: *Realenzyklopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*, VII, pp. 1243 y ss. y *Supl.*, III, pp. 997 y ss.

⁵⁵ Lo han destacado muy bien, W. BURKETT: «Le mythe de Géryon: perspectives préhistoriques et tradition rituelle», *Il Mito Greco. Atti del Convegno Internazionale*, Roma, 1977, pp. 273-284; J. RAMIN: *Mythologie*, pp. 105 y ss.; J. M. BLÁZQUEZ: «Gerión y otros mitos del Occidente», *Gerion*, 1, 1983, pp. 21-38.

que durante decenas de años iba a ser enormemente próspera para los comerciantes helénicos⁵⁶.

El texto de Herodoto es un testimonio tajante: «Era entonces Tartessos un emporio virgen que acababan de descubrir.» No hay lugar alguno para las dudas. El inicio de la navegación griega en el Atlántico, y del comercio con la fabulosa Tartessos, se produjo en el último tercio del siglo VII a. de C. Además la arqueología no viene a poner en duda sino a confirmar esta cronología.

A los de Samos les sucedieron o complementaron otros griegos procedentes de Asia Menor, parece clara esta especialización. Herodoto documenta el intenso comercio de los focenses con el reino hispano: «Habiendo aportado a Tartessos que era entonces para los griegos un imperio virgen y reciente que acababan de descubrir. Allí negociaron tan bien sus géneros que ninguno los igualó jamás en la ganancia, al menos de aquellos de quienes puedo hablar con fundamento, exceptuando siempre a Sostrato de Egina»⁵⁷.

En consecuencia, la mención de Herodoto es bien concluyente al respecto, fue en estos momentos cuando los griegos tomaron conocimiento de la existencia de Tartessos y cuando iniciaron los contactos comerciales con la misma. De aquí se deduce claramente que el inicio de ese comercio griego en el Atlántico se produjo en el último tercio del siglo VII a. de C. La arqueología tiende precisamente a confirmar esta cronología y a poner muy en duda una presencia directa de comerciantes griegos en fechas anteriores.

A los de Samos les sucedieron en la navegación atlántica otros griegos procedentes del Asia Menor que se especializaron

⁵⁶ HERODOTO, IV, 152. Aparte de los estudios generales, mencionados en las primeras notas, F. BENOIT: «La compétition commerciale des Phéniciens et des Hellènes. Ambiance ionienne au royaume de Tartessos», *Rivista di Studi Liguri*, 30, 1964, pp. 115-132; B. FREYER SCHAUBURG: «Kolaios und die westphöenizischen Elfenbeine», *Madrider Mitteilungen*, 7, 1966, pp. 89-108; A. J. DOMÍNGUEZ MONEDERO: «Samios y focos en los inicios de la colonización griega de Iberia», *Estudios de Historia Medieval en Homenaje a Luis Suárez*, Valladolid, 1991, pp. 131-147.

⁵⁷ Vid. nota anterior.

en el comercio con el extremo Occidente. Herodoto nos documenta el intenso comercio de los focenses con el mítico reino hispano: «Habiendo aportado a Tartessos supieron ganarse toda la confianza y amistad del rey de los tartesios, Argantonio, el cual hacía ochenta años que era señor de Tartessos y vivió príncipe los apreciaba que cuando la vez primera quedó desamparada la Jonia, les invitó con sus dominios, instalándoles para que escogiesen en ellos la morada que prefiriesen»⁵⁸.

Los dos textos de Herodoto tienen el valor de documentarnos los inicios de la etapa de desarrollo comercial griego en el Atlántico. Los primeros contactos fueron realizados por los samios a finales del siglo VII a. de C. Desde los alrededores del año 580 a. de C. hay que fechar la fuerte presencia de los comerciantes focenses. Se afirma que cuarenta años más reinó Argantonio en Tartessos y de otro párrafo se deduce que hasta después de su muerte se mantuvieron las relaciones⁵⁹. Este análisis quiere decir que el comercio griego en el Atlántico se inició en el último tercio del siglo VII a. de C. y perduró cuando menos hasta la segunda mitad del siglo VI a. de C.

Probablemente es sintomático que fuera ya en los inicios del siglo VI a. de C. cuando por vez primera algunos de los míticos trabajos de Heracles fueron desplazados a las riberas oceánicas. En efecto, el Atlántico era ya conocido gracias al contacto comercial con Tartessos. Aquí fue justamente donde, por vez primera, el poeta Stesikoros, ubicó el episodio de los bueyes de Gerión y la isla Erytheía⁶⁰. Así tomaban cuerpo las referencias hesiódicas al Océano.

⁵⁸ HERODOTO, I, 163. Sobre este rey de Tartessos, J. CARO BAROJA: «La realeza y los reyes en la España antigua», *Cuadernos de la Fundación Pastor*, 17, 1971, pp. 81 y ss.; vid. C. GONZÁLEZ WAGNER: «La Historia Antigua y la Antropología: el caso de Tartessos», *Kolaios*, 1, 1991, pp. 1-37.

⁵⁹ HERODOTO, I, 164. Este texto se pone en relación con la batalla de Alalia y el «cierre del Estrecho», M. GRAS: «A propos de la bataille d'Alalia», *Latomus*, 31, 1972, pp. 698-716.

⁶⁰ STESIKOROS: *Gerion*, en STRABON, III, 2, 11; en Escolio a APOLLONIO DE RODAS, I, 211; T. BERGK: *Poetas lyrici graeci*, I, Leipzig, 1878, frag. 5; A. SCHULTEN: *F. H. A.*, I, pp. 131-132, cuestión bien destacada por J. CARCOPINO, p. 43; G. CRUZ ANDREOTTI: «Estesicoro y Tartessos», *Habis*, 22, 1991, pp. 49-64.

Stesikoros nació y vivió en Sicilia. Constatamos este dato puesto que resulta significativo. En Hesíodo la referencia era muy vaga acerca del Occidente desde donde los bueyes conducidos a Tirinto. Pero cuando escribía Stesikoros para un griego de Sicilia el Occidente eran precisamente las riberas del Océano. Como el principal de estos contactos se establecía en Tartessos, allí fue ubicado el mito.

No obstante, esta interpretación de los griegos de Sicilia no fue aceptada en principio en Grecia y Asia Menor. El geógrafo Hecateo de Mileto, uno de los primeros que trataron de encontrar lógica en los mitos, se percató de las profundas contradicciones y no aceptó la nueva moda. Para Hecateo el personaje de Gerión no podía ubicarse en Tartessos sino en la Ambracia (Epiro), desde donde habría llevado Heracles los bueyes a Micenas⁶¹. Esta contestación indica que a finales del siglo VI a. de C. no se asumía plenamente esta llegada del héroe griego a las aguas atlánticas.

No obstante, a partir de la ubicación tartésica del mito de Gerión, y del robo de sus bueyes por Heracles, la cuestión comenzó a cambiar. No hay pruebas reales de que en el siglo VI a. de C. los mitos referidos con posterioridad al África atlántica fueran ya ubicados en ella. Pero en el siglo V a. de C. fueron ya muchos los autores griegos que relacionaron con Tartessos algunas de las aventuras de Heracles: Helánico de Lesbos, Píndaro, Ferekides, Herodoro, etc.⁶².

Desde la orilla africana del Atlántico la cuestión era algo diferente puesto que la presencia comercial griega debió ser bastante menor. Probablemente Jodin exageró bastante al considerar una presencia demasiado importante de los comerciantes

⁶¹ HECATEO DE MILETO en ARRIANO: *Anab.*, II, 16, 5-6; F. JACOBY: *Die fragmente der griechischen Historiker* (a partir de ahora *F.G.H.*), Berlín, 1923, p. 27; A. SCHULTEN: *F.H.A.*, I, P. 133; J. CARCOPINO, p. 66; J. M. M. BLÁZQUEZ: «Gerion», p. 26; R. LÓPEZ MELERO, p. 624.

⁶² HELÁNICO, recogido en *F.G.H.*, frag. 110-111; PÍNDARO: *Nem.*, III, 38 y ss. (aunque en mi opinión no es segura aquí la ubicación occidental), FEREKIDES en STRABON, III, 5, 4; *F.G.H.*, p. 80; HERODORO, recogido en *F.G.H.*, 24 y en *F.H.A.*, II, p. 37.

griegos en las costas atlánticas de Marruecos⁶³. Pero igualmente son rechazables otras opiniones que niegan toda presencia comercial⁶⁴.

No obstante, la presencia comercial griega en las costas marroquíes del Atlántico es indudable. Cronológicamente se ubica esa presencia desde finales del siglo VI a. de C. y durante todo el siglo V a. de C. Los nombres de algunas colonias púnicas, en concreto Karikon Teikhos y Thymiateria, reflejan el indudable influjo griego⁶⁵.

Por otra parte, se conservan también diversos relatos, más o menos fantasiosos, acerca de viajes de navegantes griegos por el África atlántica. Tenemos por ejemplo el fantástico relato de la navegación de Eufemo de Caria realizada en el siglo VI a. de C., que habría llegado hasta una isla que consideraría poblada por sátiros⁶⁶. Aparentemente el griego Euthymenes de Mas-

⁶³ A. JODIN: «Les Grecs d'Asie et l'exploitation du littoral marocain», *Revista de la Universidad Complutense*, 104, 1976, pp. 56-91. La documentación utilizada por el autor consiste en las citas de Herodoto, en las narraciones mitológicas, los restos de cerámica griega y las citas de Hecateo de Mileto y de Scylax. En su opinión los jonios accedían a la costa atlántica marroquí en busca de marfil, huevos de avestruz, pieles de pantera, madera y quizá oro. El problema del comercio del oro africano en la antigüedad lo hemos estudiado extensamente en E. GOZALBES: «Comercio y exploración del Sahara en la antigüedad clásica», *Estudios Africanos*, 12, 1993, pp. 7-31.

⁶⁴ El mismo J. CARCOPINO, p. 66, consideraba que los griegos no poseían un conocimiento directo de las costas marroquíes. Lo que sabían y les llevó a ubicar aquí sus mitos fue el intermedio fenicio.

⁶⁵ Karikon Teikhos significa «muro Cario», testimonio de la presencia de comerciantes griegos de esa procedencia. La colonia es mencionada por *Periplo de Hannón*, 5 y por EFORO, fragm. 96; C. MULLER: *Fragmenta Historicorum Graecorum*, I, Paris, 1928, p. 261. Thymiateria, nombre griego de quemador de perfumes, es citada por *Periplo de Hannón*, 2 y *Periplo de Scylax*, 111. Acerca de estos nombres de colonias y la problemática de su localización, E. GOZALBES: «Sobre el periplo de Hannón», *Hispania Antiqua*, 16, 1993 (en prensa), con toda la bibliografía.

⁶⁶ PAUSANIAS, I, 23, 5-6. Esta expedición al litoral atlántico africano se realizó hacia mediados del siglo VI a. de C. puesto que la escena aparece ya en un vaso griego de finales de esa centuria, J. E. CASARIEGO: «Las grandes exploraciones marítimas de África en la antigüedad», *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 10, 1950, p. 20. De forma ingenua, una parte de la historiografía del siglo XIX (en especial Paul Gaffarel) consideraría que Eufemo había llegado al Caribe.

salía, en los inicios del siglo V a. de C., pudo haber llegado hasta la desembocadura del Senegal⁶⁷. Hacia el 480 a. de C. el persa Sataspes, con una tripulación de griegos de Samos contratada en Egipto, atravesó el estrecho de Gibraltar y navegó por las costas marroquíes con el objetivo de circunnavegar África⁶⁸. Son todos ellos testimonios fragmentarios pero que documentan que la presencia de marinos y comerciantes griegos en el Marruecos atlántico no era algo excepcional.

La arqueología ha venido a completar este panorama. En factorías y centros urbanos coloniales púnicos, tales como Mogador, Lixus, Banasa y Kuass (junto a Arcila), han aparecido diversos especímenes de cerámica griega. El estudio en detalle de los mismos permite obtener conclusiones bastante seguras⁶⁹. La primera de ellas afecta a consideraciones de orden cronológico, las piezas se extienden desde el siglo VI a. de C. hasta el mismo siglo IV a. de C. Nos hallamos, por tanto, justo en el momento de establecimiento occidental de algunos de los mitos relacionados con Heracles. En segundo lugar, como ya destacara Villard, estas piezas no llegaron por intermedio de Cartago. Comparando los ejemplares cerámicos puede observarse que son de tipos inexistentes en Cartago, lo cual se explicaría por un contacto griego más directo. Y en tercer lugar, las piezas cerámicas no son muy abundantes en relación con las de procedencia púnica.

⁶⁷ SÉNECA: *Cuest. Nat.*, III; PLUTARCO: *De Placitis*, IV, 1.

⁶⁸ HERODOTO, IV, 43. En el viaje se obtuvieron inmensas ganancias que monopolizaron fraudulentamente los griegos de Samos. Por el contrario, cuando entre el 608 y el 605 a. de C. se produjo la primera circunnavegación de África, mandada por el faraón Nekao, la tripulación fue fenicia, HERODOTO, IV, 42. Sobre estas expediciones, M. CARY y W. H. WARMINGTON: *The Ancient Explorers*, Londres, 1929; J. MALUQUER DE MOTES: *Exploraciones y viajes en el mundo antiguo*, Barcelona, 1950; J. E. CÁSAIEGO: *Los grandes periplos de la Antigüedad*, Madrid, 1949.

⁶⁹ Continúa siendo básico a este respecto el magnífico trabajo de F. VILLARD: «Céramique grecque du Maroc», *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 4, 1960, pp. 1-26. Vid. igualmente A. JODIN: «Les Grecs», pp. 68 y ss.; F. LÓPEZ PARDO: «Mogador factoría extrema y la cuestión del comercio fenicio en la costa atlántica africana», *Actes du V^e Colloque International d'Histoire et Archéologie de l'Afrique du Nord*, Paris, 1992, pp. 277-296.

Estos restos arqueológicos nos permiten deducir que desde el siglo VI a. de C., al hilo de la presencia en Tartessos, comerciantes griegos comenzaron a acudir a las colonias fenicias del Atlántico marroquí, especialmente a Lixus. Esta presencia debió de ser directa puesto que no aparece un intermedio cartaginés en el tipo de piezas. El hecho de que las piezas no sean numerosas indica, no obstante, que no nos hallamos ante un comercio de grandes dimensiones. Y en el siglo VI a. de C. ya eran los cartagineses los comerciantes que utilizaban la cerámica griega en sus intercambios con los indígenas; así aparece claramente descrito en un texto de mediados de ese siglo⁷⁰.

Todavía en los inicios del siglo V a. de C. los griegos debieron tener una presencia de cierta importancia en las aguas del Atlántico, especialmente en las costas africanas. La interpretación de Schulten y Carcopino acerca de un cierre radical del estrecho por parte de los cartagineses es hoy sometida a fuertes revisiones. De hecho, se ha destacado como Herodoto no demuestra sobre el occidente africano un desconocimiento tan grande como, por ejemplo, sobre la parte europea⁷¹.

Constantemente en favor de la tesis del «cierre del Estrecho», de la imposibilidad para los griegos de navegar en el Atlántico, se han aducido diversos elementos⁷². El que ahora nos interesa analizar es el de los mitos griegos. Debido a esa prohibición cartaginesa de navegar y comerciar en el Atlántico los griegos, en frase feliz de Carcopino, al no poder enviar a sus hombres a esta zona enviaron a sus dioses.

El más significativo de estos mitos es el referido a la apertura del estrecho de Gibraltar. Reiteradamente los autores clásicos nos hablan de las Columnas de Heracles (o de Hércules),

⁷⁰ *Periplo de Scylax*, 112.

⁷¹ HERODOTO, III, 115, hecho ya señalado por F. VILLARD: «Céramique», p. 26; G. CRUZ ANDREOTTI: «Heródoto y Gades», *Baetica*, 13, 1991, pp. 157-166.

⁷² Algunos de ellos ya revisados y criticados por A. J. DOMÍNGUEZ MONEDERO: «Píndaro y las Columnas de Hércules», *Actas I Congreso Internacional El Estrecho*, pp. 711-724, y F. J. BURGALETA: «El mito de la Atlántida y el estrecho de Gibraltar. Aspectos geográficos en el mito platónico», pp. 643-652.

identificándolas con los promontorios de Calpe y Abila⁷³. El nombre de Columnas de Heracles no está documentado en autores anteriores al siglo V a. de C. Precisamente el primero que recogió ese nombre fue Píndaro⁷⁴. Por las mismas fechas también lo utiliza Herodoto como término de referencia, por ejemplo al hablar de un acontecimiento de finales del siglo VII a. de C.⁷⁵. En Platón también aparece el término de referencia geográfico y además indica que en el pasado sus aguas recogían un gran movimiento de barcos⁷⁶.

Las primeras referencias de autores griegos lo que hacen es mencionar las Columnas como hitos o extremos finales en la navegación. Así lo encontramos claramente en Píndaro⁷⁷, en Apolodoro⁷⁸, en Isócrates⁷⁹. Este es también el concepto que aparece referido en Strabon⁸⁰. Para el geógrafo griego de época augustea, esforzado por dar una explicación lógica a los mitos antiguos, las Columnas eran hitos o señales de la navegación acerca de los cuales se habría perdido la memoria de su uso original⁸¹. La explicación de Strabon parece bastante válida, una vez perdido el recuerdo del origen se habría creído en el mito

⁷³ C. GOZALBES CRAVIOTO: *Ceuta en la topografía clásica*, Ceuta, 1978; E. GOZALBES: *El nombre romano*, pp. 151-183; M. P. CASTRO GASALLA: «Textos latinos referentes al estrecho de Gibraltar», *Actas I Congreso Internacional*, pp. 677-693.

⁷⁴ PÍNDARO: *Olimp.*, III, 40-45; *Nemea*, III, 19-27; *Ist.*, III, 27-31.

⁷⁵ HERODOTO, IV, 42, pero el periplo era fenicio-egipcio y el mito de las Columnas estrictamente helénico.

⁷⁶ PLATÓN: *Timeo*, 24e y ss.

⁷⁷ PÍNDARO: *Nem.*, III, 19 y ss.: «Las Columnas de Heracles que el héroe-dios dispuso como gloriosos testigos del límite de la navegación.»

⁷⁸ APOLODORO, II, 5, 10: «Colocó como señales de su expedición dos columnas en los límites de Europa y de Libia.»

⁷⁹ ISÓCRATES: *Dis. Fil.*, 112: «Hizo las llamadas Columnas de Heracles como trofeo referido a los bárbaros, como recuerdo de su grandeza y de los peligros afrontados, y como hito de la tierra de los griegos.»

⁸⁰ STRABON, III, 5, 5.

⁸¹ STRABON, III, 6, 6. Al respecto vid. R. LÓPEZ MELERO, pp. 716 y ss. La autora indica de forma acertada que no es prueba contraria la *Ora maritima* de Avieno puesto que la mención de las Columnas en este caso no sigue el texto primitivo atribuido por Schulten a momentos muy primitivos.

de separación de continentes que únicamente aparece ya bien desarrollado, a mediados del siglo I a. de C., en Diodoro de Sicilia⁸².

Por otra parte, nos hallamos ante un mito que carece totalmente de carácter autóctono. Pese a tener en su territorio el monte Abila, los mauri no presumían para nada de poseer una de las Columnas del héroe griego. Lo reverencial al respecto quedaba circunscrito a los navegantes foráneos. Según el mismo Strabon tanto los hispanos como los mauritanos negaban a Calpe y Abila su carácter de Columnas: «Sostienen que están en Gadeira, que no hay nada en las orillas el estrecho que se parezca a columnas»⁸³.

En consecuencia, nada prueba que todavía en el siglo V a. de C. en realidad los griegos hubieran incorporado ya el mito de la apertura del estrecho de Gibraltar. Los datos que Diodoro suele recoger del siciliano Eforo, nos podría indicar que esta creencia pudo haberse originado en Sicilia en el siglo IV a. de C. Y este mito nunca lo incorporaron como propio los mauritanos que consideraron, como los hispanos, que las Columnas eran las del templo de Melkart-Hércules en Cádiz.

Igualmente los restantes episodios de las aventuras de Heracles aparecen ubicados en el África atlántica en fechas muy tardías. El episodio referido al gigante Atlas es uno de ellos. Atlas aparece muy relacionado con el yebel Musa, al Este de Ceuta⁸⁴, relación incluso continuada en la tradición medieval.

En Herodoto la cordillera del Atlas no aparece en relación alguna con el mito helénico, siendo su propia ubicación en el África occidental muy imprecisa⁸⁵. El primer autor que considera el Atlas como monte o cordillera del Sur marroquí es Polibio⁸⁶. En época romana esta ubicación estaba generalmente aceptada, si bien el nombre dado por los indígenas a la cordillera era el de Daran (que perduraría en la Edad Media). Plinio

⁸² DIODORO, IV, 18.

⁸³ STRABON, III, 5, 5.

⁸⁴ E. GOZALBES: *El nombre romano*, pp. 124-125, donde recogemos algunos textos que identifican Atlas con el Musa.

⁸⁵ HERODOTO, IV, 184.

⁸⁶ POLIBIO en PLINIO: *N. H.*, V, 6-7.

menciona esta cadena montañosa indicando que era objeto de culto religioso y que hasta ella habrían llegado tanto Perseo como Hércules⁸⁷.

Mucho más discutible es el hecho mismo de la inserción del personaje Atlas en el mito de los trabajos de Heracles. En efecto, Apolodoro nos informa de que junto a la versión que ponía en relación a estos personajes existía otra según la cual no existieron contactos entre ambos⁸⁸. Diversos autores contemporáneos, últimamente López Melero, han indicado que el mito de Atlas no aparece estrechamente relacionado con el de Heracles⁸⁹. La relación de un personaje con otro es relativamente tardía y no fechable con anterioridad al siglo IV a. de C.

Otro de los episodios ubicados en el África atlántica fue el del combate entre Heracles y Anteo. Pero en el siglo V a. de C. todavía Anteo no era considerado un personaje de esta zona. Así nos lo demuestra el hecho de que Píndaro mencione a Anteo como rey de una zona del Norte de África identificable con la zona oriental, en contacto con el mundo griego⁹⁰. Otra de sus citas lo considera un soberano cruel que prohibía el paso de extranjeros a sus territorios, con los cráneos de los que capturaba estaba construyendo un palacio a Poseidón. Pero aquí lo ubica en el continente africano, en la zona rica en trigo⁹¹, lo cual parece identificarse con la región tunecina. Su descripción del combate entre Heracles y Anteo tampoco escapa de estos parámetros⁹².

Los indígenas del Marruecos atlántico identificaron a Anteo con uno de sus reyes del pasado. Pomponio Mela indicaba que para los mauri una serie de montañas que semejaban la figura de un hombre recostado no eran otra cosa que el cadáver petrificado de Anteo⁹³. Pocas dudas pueden tenerse con respecto a esta cita inmediatamente conexas a los Septem Fratres. Los

⁸⁷ PLINIO: *N. H.*, V, 6-7.

⁸⁸ APOLODORO, II, 5, 11.

⁸⁹ R. LÓPEZ MELERO, pp. 631-632.

⁹⁰ PÍNDARO: *Phyt.*, IX, 06 y ss.

⁹¹ PÍNDARO: *Isth.*, IV, 91.

⁹² PÍNDARO, fragm., 111.

⁹³ MELA, III, 10.

indígenas señalaban con veneración la figura pétreo hoy conocida como «Mujer Muerta», al Oeste de Ceuta. Este hecho nos indica que en la época el cambio de Era los habitantes de la región ceutí creían en la existencia pasada del gigante que luchó contra Heracles.

Hacia el año 81 a. de C., cuando el general romano Sertorio actuó militarmente en el N.O. de Marruecos, le enseñaron en la región de Lixus una tumba de grandes dimensiones. Los indígenas le aseguraron que pertenecía a Anteo, uno de sus reyes en el pasado⁹⁴. Este dato nos indica que a comienzos del siglo I a. de C. estaba ya plenamente asentada, en el Marruecos atlántico, el mito de Anteo y su combate con Heracles.

Mela afirmaba expresamente la tradición indígena acerca de que Anteo había reinado aquí en el pasado: *Hic Antaeus regnasse dicitur*⁹⁵. Plinio afirmaba que la ciudad de Tingi había sido fundada por Anteo: *nunc est Tingi, quondam ab Antaeo conditum*⁹⁶. El palacio regio de Anteo y el Jardín de las Hespérides se situaban entonces en Lixus: *Ibi regia Antaei, certamenque cum Hercule, et Hesperidum horti*⁹⁷.

La tumba de Anteo, que visitó Sertorio, muy probablemente deba identificarse con el monumental túmulo de Mezora, tal y como defendió ya Tarradell. Esta grandiosa tumba fue construida con toda probabilidad en el siglo IV a. de C. Dadas sus características ocupó a muchas decenas de personas durante un período muy dilatado. El personaje aquí enterrado únicamente pudo ser un rey primitivo de la zona.

Los mauri practicaron un cierto sincretismo, identificando a este rey del siglo IV a. de C. con la figura de Anteo. En consecuencia, esta identificación debió hacerse con posterioridad a esas fechas. En consecuencia, la ubicación aquí del mito de

⁹⁴ STRABON, XVII, 3, 8; PLUTARCO: *Sert.*, IX.

⁹⁵ MELA, III, 10.

⁹⁶ PLINIO: *N. H.*, V, 2.

⁹⁷ PLINIO: *N. H.*, V, 3. El culto a Anteo se hallaba probablemente unido al origen de la monarquía mauritana; E. GOZALBES: «El culto indígena a los reyes en Mauritania Tingitana. Surgimiento y pervivencia», *Memorias de Historia Antigua*, 5, 1981, pp. 153-164.

Anteo debió realizarse después del siglo IV a. de C. pero con anterioridad a los inicios del siglo I a. de C.

El mito del Jardín de las Hespérides es otro buen ejemplo de que las leyendas mitológicas griegas únicamente se ubicaron en el África atlántica en momentos ya muy tardíos. Plinio calificó acertadamente este mito como *vagantibus Graciae fabulis*⁹⁸. Apolonio de Rodas ya ubicó el Jardín de las Hespérides en el Norte de África, aunque no en la costa atlántica sino en las Sirtes⁹⁹.

A mediados del siglo IV a. de C. nuevamente un periplo griego por las costas del Mediterráneo ubicaba el paraíso de las Hespérides en las Sirtes¹⁰⁰. Sería ya en escritores latinos del siglo I a. de C. cuando, aunque de forma imprecisa, el Jardín de las Hespérides aparece ya en relación con el país donde se alzaba el Atlas¹⁰¹.

El mito del Jardín de las Hespérides todavía en el siglo IV a. de C. se ubicaba en el Norte de África, aunque en lugares muy alejados del Atlántico. Sería en los siglos III y II a. de C. cuando se produciría el traslado de este mito al Marruecos atlántico. Plinio se hace eco de la creencia de que el Jardín se hallaba en Lixus; no obstante, con notable ironía, indicaba que de las manzanas de oro apenas quedaban algunos acebuches: *nec praeter oleastros aliud ex narrato illo aurifero nemore*¹⁰². No había terminado aquí la emigración cada vez más alejada del mito, en Isidoro de Sevilla el Jardín aparece identificado con las islas Canarias¹⁰³.

⁹⁸ PLINIO: *N. H.*, V, 31.

⁹⁹ APOLONIO DE RODAS: *Argon.*, IV, 1396.

¹⁰⁰ *Periplo de Scylax*, 111. Es sintomático que este periplo no mencione en el África atlántica ninguno de estos mitos. Únicamente en *Periplo de Scylax*, 112, se habla de la estancia de Dédalo. Por las mismas fechas Theómenes volvía a ubicar el África oriental el maravilloso Jardín THEÓMENES en PLINIO: *N. H.*, XXXVII, 38.

¹⁰¹ VIRGILIO: *En.*, IV, 480-485; OVIDIO: *Metam.*, IV, 632 y ss.

¹⁰² PLINIO: *N. H.*, V, 4.

¹⁰³ ISIDORO: *Ethym.*, XIV, 6, 10.

CONCLUSIONES

Este extenso análisis nos indica que la utilización de los mitos griegos para reconstruir la historia del período de «las colonizaciones», en las costas del Atlántico, presenta dificultades insalvables. Básicamente debemos tener en cuenta que los relatos míticos no son ni se aproximan a ser documentos historiográficos. Schulten quiso salvar con esta utilización el enorme vacío documental. No obstante, todos estos mitos se encontraban ya forjados cuando se ubicaron en las tierras eurofricanas lindantes con el Atlántico.

Con respecto al África atlántica, Carcopino utilizó una metodología similar a la de Schulten aunque, con una mayor prudencia, la depuró con una consideración previa: los mitos griegos reflejarían un conocimiento indirecto de la región (a través de los fenicios). Especialmente sería en el siglo V a. de C., con el cierre del Estrecho, cuando los griegos ubicaron en las riberas atlánticas algunos de sus mitos.

El no haber analizado el caso de Tartessos condujo a Carcopino a conclusiones no del todo fundadas. Los datos arqueológicos actualmente conocidos ponen serios reparos a la tesis tradicional que indicaba un cierre absoluto del Atlántico a la navegación de los griegos. El análisis de las fuentes literarias nos indica la persistencia de estos contactos de comerciantes y navegantes griegos con el África atlántica. La cerámica griega presente en el Marruecos atlántico tampoco llegó por el intermedio púnico. Todo permite indicar que en el siglo V a. de C. los comerciantes griegos continuaban accediendo, aunque fuera en proporciones relativamente modestas, al África atlántica.

La conclusión de Carcopino, una ubicación de los mitos en las costas atlánticas en el siglo VI-V a. de C., tampoco parece acertada. Aún considerando su prudencia de planteamiento, con los mismos datos otros investigadores llegan a remontar esa ubicación a época micénica, debe retrasarse bastante en el tiempo la identificación. Efectivamente, todavía en el siglo V a. de C. la literatura griega no refleja una mitificación del África atlántica. El único episodio de Heracles entonces relacionado con

el Occidente es el del robo de los bueyes de Gerión, aplicado a Tartessos, mientras las Columnas eran una vaga referencia a hitos terminales en la navegación.

Los mitos referidos a los trabajos de Heracles, el episodio de Atlas, la apertura del Estrecho, el combate con Anteo, el robo de las manzanas de oro de las Hespérides, se ubican en el África atlántica no en época griega sino incluso con alguna posterioridad al siglo IV a. de C.

La ubicación de algunos de estos mitos en el África atlántica tiene un claro carácter foráneo. Es el caso tanto de Atlas como de la columna Abila. Por el contrario, otros dos mitos aparecen identificados por los indígenas aunque con toda seguridad ya hacia el siglo III a. de C. El primero de ellos es el de Anteo, al cual los habitantes del trapecio N.O. de Marruecos identificaron con un rey del pasado.

El segundo de los mitos asumidos por los indígenas del África atlántica es el del Jardín de las Hespérides. Esta ubicación atlántica aparece directamente relacionada con la ciudad de Lixus. A partir del siglo II a. de C. los lixitanos presumieron de poseer el Jardín de las Hespérides, lo cual demuestra su esplendor político, urbano y una rivalidad de prestigio con Gades, su hermana en la otra orilla. Pero no se trata de un testimonio de la presencia griega en las costas atlánticas de Marruecos.